

ENSEÑANZA SOBRE EL SACERDOCIO

¿Te has imaginado al joven Juan Eudes, a sus 23 años, todavía seminarista, en la casa del Oratorio de París, a unos pocos metros del Louvre donde vivían el rey y la reina de Francia, escuchando al venerado Padre Pedro de Bérulle sobre el tema que lo apasionaba, el sacerdocio?

Se conserva el manuscrito de una conferencia dictada por el fundador del Oratorio el 14 de agosto de 1624 sobre el tema PRESBITERADO Y SERVIDUMBRE. Partía Bérulle para Roma, a negociar la dispensa necesaria para el matrimonio de Enriqueta de Francia, católica, con el Príncipe de Gales, anglicano. Había intereses religiosos y políticos en ese matrimonio. Incluso el P. de Bérulle preveía la posibilidad de unidad entre las Iglesias católica y anglicana, como consecuencia de ese matrimonio.

No emplea Bérulle la palabra "sacerdocio" pues, en sentido lato, podía aplicarse también a todos los bautizados. Prefiere el término "prêtrise" "presbiterado", cuya etimología recuerda: anciano, mayor. Así se sentía él frente al auditorio de oratorianos que tenía delante. Recordemos que el joven Juan Eudes, por invitación personal de Bérulle, había hecho el voto de Servidumbre a Jesús el 25 de marzo de ese año. Me ha parecido de interés traducirla y enviarla a todos con afecto en este año del sacerdocio,
Álvaro Torres Fajardo.

Mis Padres y Hermanos en Nuestro Señor Jesucristo,

Creo que ya todos conocen la noticia del viaje que debo hacer fuera de este Reino, y que están al corriente del asunto de gran importancia que me lleva. Dios ha tenido a bien servirse de mí en esta ocasión y debo obedecerle. Mi separación de ustedes no es de espíritu sino de cuerpo para ir a donde él me llama. A decir verdad, si esta separación no proviniera de su querer me sería fastidiosa y mortificante, pero su voluntad me la torna fácil y llevadera. Muy lejos estaba de mí hacer esta separación, y ni siquiera me había venido a la mente, pues esta comisión nos ha sido dada muy inopinadamente. Nadie de entre nosotros la ha buscado y la teníamos por improbable. Incluso mi pensamiento estaba lejos de ella pues, como bien lo saben, me preparaba para hacer cortas visitas a las casas que Dios se ha dignado darnos en este Reino. Pero el día mismo en que debía partir me sobrevino una nueva enfermedad de la que tuve que cuidarme y así me vi obligado a permanecer aquí. Y dos días después, el Rey me manifestó su voluntad de que me ocupara del asunto que conocen. Ese malestar en la salud que me obligó a quedarme parece haber sido ordenado por la divina providencia que quería ocuparnos en otra parte. Considero entonces claramente que es orden y voluntad de Dios que me separe de ustedes, y esta consideración y este pensamiento me consuelan y me hacen aceptar esta separación, no obstante todas las dificultades que vienen al espíritu que, de no ser así, serían capaces de impedirlo.

Estaré separado de ustedes el mínimo de tiempo pues no tengo ninguna intención de prolongar mi permanencia más allá de lo que requiere este asunto pues no es mi deseo estar ni un momento más allá, a fin de ocuparme en trabajar con diligencia en la obra que Jesús ha tenido a bien poner entre las manos aquí en Francia. Pero antes de mi viaje quiero dirigirme a ustedes brevemente para dejarles algunas advertencias que me parecen necesarias.

Les ruego y les recomiendo muy encarecidamente no comentar entre ustedes, y menos aun con los seculares, sobre este viaje que emprendo para el asunto en que Dios me quiere ocupado. No se entretengan entre ustedes al respecto. Si bien es cierto que según el sentir humano esto da mucho de qué hablar y aparezca como algo grande, sin embargo ante Dios es poca cosa y por tanto no hay que comentarlo. No pasaría de ser una vanidad. Deben ustedes considerar las cosas terrenas no según el espíritu mundano que es solo vanidad; ese espíritu las hace estimar, anhelar, e invita a complacerse en ellas. Deben considerarlas según el espíritu de Dios que es espíritu de verdad, del todo opuesto a ese otro espíritu, que las hace menospreciar y rechazar, convencidos de que todas las grandezas terrenas son nada delante de Dios. Tampoco deben hablar de ellas con los del mundo. Porque el espíritu de Dios debe obrar en ustedes alejamiento grande de las cosas terrenales, pues ese espíritu viene del cielo; demostraría que todavía no están del todo despojados de ellas el que comentaran con complacencia acerca de esta misión que se hace por el Reino. De ninguna manera hagan caso de esto y no lo comenten ni entre ustedes ni con nadie del mundo. Demuestren así que andan "en espíritu y verdad" y no en orgullo y vanidad.

Si bien no deben tratar de este viaje con el mundo ni entre ustedes, deben por el contrario encomendarlo a Dios y recordarlo con amor algunas veces ante Él. Los invito y les encarezco que lo hagan. No les pido que me tengan presente a menudo en sus oraciones; no lo merezco; soy indigno de que piensen en mí. Adorando a Dios y reconociendo la necesidad que todo lo creado tiene de él, y reconociendo, muy en especial, que este asunto necesita de su gracia para llegar a buen término, pídanle su asistencia y ruéguenle que lo bendiga.

Si ustedes consideran en qué están empleados y en qué trabajan, su ocupación es más digna que la nuestra. Porque, si nosotros estamos al servicio de los grandes, ustedes están al servicio del Grande de los grandes, según esta palabra del Apóstol: "Somos los embajadores de Jesucristo" (2 Co 5, 20). ¡Oh, qué excelsa es esta palabra! ¡Oh, qué cosas excelentes dice! Porque los asuntos encomendados de parte del Hijo de Dios y que le conciernen, "de la parte de Jesucristo y por Jesucristo" no pueden ser sino grandes y excelentes. Y sin embargo, qué perezosos y descuidados somos para cumplirlos. Nos limitamos a celebrar la misa y cumplir nuestro empleo, y pensamos que es todo lo que deberíamos hacer. Descuidamos la comunicación con Dios por la plegaria y la oración. Si

vamos al coro es como si cumpliéramos un trabajo forzado. No acudimos a los ejercicios de piedad. No abrazamos las labores de la caridad. Y precisamente esas son las ocupaciones grandes que debemos cumplir "a Christo et pro Christo" (de parte de Cristo y a favor de Cristo). Cómo somos de culpables de no tener estos pensamientos que conciernen nuestro oficio y nuestro ministerio. O, si los tenemos, qué culpables somos por sacar tan poco provecho de ellos, y por darnos a ellos con tanta desidia. Esos ejercicios pertenecen inseparablemente a nuestra dignidad.

Hay dos o tres palabras en un salmo que recitamos todos los días que quiero dejarles antes de partir, para que se tomen el cuidado de repasarlas y juntos ponerlas en práctica. "*Sacerdotes del Señor, bendigan al Señor; siervos del Señor, bendigan al Señor. Ustedes, santos y humildes de corazón, bendigan al Señor*".

Ustedes son sacerdotes. Y los que no lo son todavía desean serlo. Esa es nuestra dignidad. Tengo la obligación de poner ante ustedes lo que deben a Dios por esta gran dignidad, y lo que se encierra en estos versículos. En primer lugar, les digo estas palabras: *Sacerdotes del Señor, bendigan al Señor*. Con ellas el profeta los exhorta, y yo con él, a bendecir y alabar a Dios como el primero y principal ejercicio que tienen en su condición de sacerdotes.

Todas las criaturas alaban a Dios. Universalmente tienen este oficio de bendecirlo. Y el profeta invita a todas: "*Ustedes todas, obras del Señor, bendigan al Señor*". Cada una cumple ese oficio a su manera. Pero el sacerdote está consagrado para bendecir y alabar a Dios de muy distinta manera. Y debe hacerlo en forma más digna, mucho más alta. Aún más, está obligado a cumplir esta misión por todas las criaturas. Ellas no tienen esa manera de alabar a Dios. Por eso el salmista convida al sacerdote a hacerlo después de haber invitado a hacerlo a todas las criaturas. Se dirige a él al final como para mostrar que las alabanzas y bendiciones de las criaturas a Dios son imperfectas y que el sacerdote debe suplirlas: "*Sacerdotes, bendigan al Señor, etc.*"

El Espíritu de Dios ha unido muy bien la servidumbre con el sacerdocio. Añade inmediatamente después de "*Sacerdotes del Señor, bendigan al Señor*" estas otras palabras: "*Siervos del Señor, bendigan al Señor*". Nos enseña así que los sacerdotes, por ser tales, tienen una forma de servidumbre hacia Dios muy particular y diferente, del todo grande y divina, puesto que el sacerdocio los pone en relación al sacrificio; y en el Nuevo Testamento a este augusto y adorable sacrificio que establece la más santa y la más digna servidumbre para con Dios que pueda rendirle criatura alguna. Sólo el sacerdote tiene esta relación con tan admirable sacrificio, el cual es el más grande homenaje de servidumbre hacia Dios. Y en esta relación consiste la servidumbre del sacerdote, pues lo hace servidor para ofrecerlo a Dios. Esta es la razón por la que esta servidumbre tan excelsa le es propia y no conviene en forma alguna a las demás criaturas.

Todas las cosas rinden homenaje y manifiestan dependencia de servidumbre por el mismo ser que reciben de Dios. Él las conserva siempre para su grandeza. Pero esta servidumbre, si bien es propia del sacerdote y también de todas las criaturas, no puede compararse con la del sacerdote en cuanto sacerdote. La servidumbre del sacerdote le permite ofrecer un sacrificio tan agradable a Dios, como el de un servidor especial. De ahí que las criaturas reconocen al sacerdote esta servidumbre y la consideran como la perfección y la consumación de la que ellas tienen para con Dios.

El dio al sacerdote esa servidumbre para suplir la de las criaturas. Así el profeta, autor del cántico, la atribuye solo al sacerdote como consecuencia de su sacerdocio al que va unida. Por eso, al ofrecer el sacrificio, debemos tener la intención de llevar a la perfección y de consumir la servidumbre de todo el universo. Y las criaturas se levantarán contra nosotros, clamarán venganza contra nosotros, pedirán castigo para nosotros, si no pensamos en esto en beneficio de ellas. Les causaríamos daño pues hemos sido escogidos por Dios para hacerlo.

Existen familias que deben rendir homenaje a sus señores. ¿Pero a quién corresponde rendir este homenaje en la familia? No a los pequeños sino al mayor. A él le toca tributar este homenaje en nombre de todos. Ahora bien, los sacerdotes son los hermanos mayores del mundo. En otro tiempo solamente el hermano mayor era sacerdote y no los demás. Tenemos obligación por tanto de rendir este gran homenaje de servidumbre a Dios por el sacrificio que ofrecemos en nombre de todos los menores de la familia, que en el caso son todas las criaturas del universo.

Todo lo creado pertenece a Dios, y lo es así por el mismo ser que lo ata a Él. Pero la creación no está satisfecha de pertenecer a Dios solo de esta manera. Ella quiere, por mediación nuestra, reconocer mejor esa pertenencia. Toca a nosotros hacer partícipe a la creación de esa servidumbre por la que nosotros tributamos digno homenaje a Dios cuando ofrecemos el sacrificio. No debemos causar a las criaturas el disgusto de no darles esta satisfacción. Lo quiere Dios y nos toca hacerlas partícipes del sacrificio ofreciéndolo para permitirles realizar su servidumbre.

Con gran acierto el profeta, mejor, el Espíritu de Dios `por medio del profeta, unió esta servidumbre honrosa al sacerdocio pues le viene muy bien. Debemos sacar de esto un nuevo deseo de testimoniar a Dios esta servidumbre especial en todos los ejercicios de piedad propios del sacerdocio. Rindamos homenaje especial de dependencia y de esclavitud en nuestras disposiciones, en nuestros pensamientos, en nuestras palabras, en nuestras acciones. Esa es la bendición de alabanza que se nos exhorta a rendirle. Por todo esto les dirijo con insistencia a todos esta invitación: "*Siervos del Señor, bendigan al Señor*". Esta servidumbre nos hace santos por nuestro oficio pues ella nos ata a Dios y nos hace propiedad suya para ofrecerle una santa y divina hostia. Y en efecto, el salmista añade de

inmediato: *"Ustedes, santos y humildes de corazón, bendigan al Señor"*. Nos invita conjuntamente a todos a hacernos santos en nuestra vida y en nuestras costumbres.

Como el Espíritu de Dios había vinculado, en el versículo precedente, la servidumbre al sacerdote, él une muy acertadamente la santidad con la humildad: *"Santos y humildes de corazón"*. La santidad solo se da a los humildes. Solo sobre ellos reposa el Espíritu santificador: *¿Sobre quién reposará mi Espíritu sino sobre el que es humilde?* (Is 11, 2; Pr 29, 23). La caridad es la cima y la perfección de la santidad y la humildad es su puerta y su fundamento. Les repito, pues, exhortándolos a la santidad y a la humildad, esta palabra: *"Ustedes, santos y humildes de corazón, bendigan al Señor"*.

Concluyo con breves palabras: bendigamos a Dios y sirvámoslo todos, como lo pide nuestro ministerio. Y bendiciéndolo y sirviéndole, seamos santos por el camino de la humildad, a fin de hacernos dignos de nuestro oficio. Así nos perfeccionamos en él, para la gloria de Jesús, el Soberano Sacerdote, el digno Siervo de Dios, el Santo de los santos, el dulce y humilde de corazón. A Él ruego que nos dé a todos la gracia de vivir perfectamente y en conformidad con la dignidad que tenemos recibida de él en la tierra para estar con él en el cielo según la promesa que nos ha hecho: *"Allí donde yo esté, estará también mi servidor"*.

Pierre de Bérulle. Oeuvres complètes 4, 367-373. Cerf 1996.

Observemos:

- El estilo coloquial de las palabras del cardenal,
- El compartir con los suyos sus trabajos, con sencillez y discreción,
- La visión que tiene de ellos no como asuntos meramente políticos sino de alcance religioso. Bajo esa luz los considera. En eso es distinto de Richelieu.
- La insistencia en que su preferencia sería permanecer al lado de sus hermanos de comunidad.
- El entronque social de su enseñanza: vocabulario de corte, de reyes, de siervos, de servidumbre, muy ajeno a lo nuestro hoy,
- Pero el dar a esa servidumbre el contenido de un oficio sacerdotal para con Dios,
- Muy hermosamente hacer que esa servidumbre sea al mismo tiempo voz de la creación que quiere alabar a su creador; es un oficio sacerdotal.
- Deja entrever descuidos en la comunidad: falta de ardor apostólico, contentarse con lo mínimo, descuido en la asistencia a los ejercicios de una comunidad orante.
- Nos imaginamos al ardoroso Juan Eudes asimilando esas palabras.

Alvaro Torres Fajardo,
Valmaría, enero 30 de 2010.